



Miguel Angel, el alma y el cuerpo

La larga, solitaria y hosca vida de Miguel Angel, el Buonarrotti, será siempre un enigma y una deslumbrante tentación para que él se asome a ella. La grandeza. —eso que algunos, desde el Vasari para acá—, insisten en llamar la "terribilitá", la violencia aterradora que imprimió a los colores, al dibujo, a la escultura, aplasta y subyuga. Su poesía, de una profundidad y de una belleza sorprendentes, señala que el artista pensaba además en imágenes y sentía la realidad tanto bajo la especie de las formas de plásticas como de la palabra.

El breve pero denso estudio que ha querido dedicarle Armando Roa, y que acaba de ser publicado por Ediciones Aconcagua, precedido de un prólogo de Carlos Ruiz-Tagle, aborda al gran artista y a su obra, desde un ángulo que merece una investigación: la normalidad psicológica, el equilibrio espiritual y moral del genio.

Existe desde hace tiempo en algunos sectores superficiales y frívolos la idea de que el genio es una anomalía y que en el fondo de ese estallido humano debe necesariamente alejarse la locura. Para los sostenedores de la tesis, el espíritu humano alcanzaría esas cimas enormes sólo en un estado —cortizo de alteración— y de enajenación. Los románticos y algunos investigadores médicos de poca cuantía, lo creyeron firmemente y no son pocos los volúmenes gastados en explicar la equivalencia del genio y de la esquizofrenia.

El análisis de Armando Roa, tras un recorrido prolijo de los hechos más salientes de la vida del artista, y del paralelo examen de su obra, llega a la única conclusión que un analista serio tiene que encontrar: la de que Miguel Angel era un ser excepcional, una personalidad fuera de las medidas rutinarias y, por tanto, inclasificable para quienes pretendan ajustarlo a sus cánones cotidianos.

A medida que las páginas avanzan, se destaca y configura la multiplicidad del genio, arrebatado por el afán de grandeza, exigido y acuciado por la necesidad de traducir en obras grandiosas su innato apetito de sublimidad. Esa "terribilitá" de que hablaba Vasari, y que hallamos en "El Juicio Final" y en "El descenso al infierno", —la muerte de Cristo— también se propaga a sus abrumadoras estatuas, en especial a las escultó-

menas suavidad, línea que se desliza con extrema dulzura sobre el mármol escogido.

Tampoco han faltado quienes intenten destilar sobre la figura de Miguel Angel la sospecha de alguna desviación o anomalía sexual. Como observa Armando Roa, tal hipótesis es estúpida y falta de toda base, nacida sólo de la manía de explicar la conducta humana por la acción de mecanismos mal llamados psicológicos, que convierten al hombre en el subproducto de sus tendencias orgánicas. Así como se identifica genio con locura, no son escasos los que tratan de explicarse al artista como un aberrante de su sexo.

Miguel Angel era un espíritu ebrio de absoluto, embriagado de divinidad. Su devoción por el monje Jerónimo Savonarola, que predicaba ardientemente en Florencia contra la corrupción de las costumbres y la molición de algunos sectores de la Iglesia, su convicción íntimamente plástica de la existencia de una belleza ideal, de la que en el mundo hay apenas esparcidas algunas centellas minúsculas; sus coloquios con Vittoria Colonna, acerca de la vida espiritual; su arte mismo, agitado por la urgencia de arrancar al color o a la piedra una expresión que sobrepasaba todas las posibilidades de la materia, son suficientes para demostrar que llevaba en su alma una insatisfacción insaciable.

Es imposible clasificar con nuestros pobres medios, y menos aún con categorías de fichero médico, un carácter de estos rasgos. La grandeza miguelangelica está hecha de pasión de lo absoluto, de "hambre de divinidad", —como la llamaría Unamuno—, de ira, de furia ante la impotencia de la forma para obedecer a sus designios, de arrebatos ante la imposibilidad de asir la belleza total y recogerla en el triste, estrecho y macilentó cuenco de la materia. "Carecemos, según la afirmación de Roa, de una supracaracterología del espíritu para medir diferencias en cuanto a normalidad, entre un espíritu y otro, y no sólo entre un carácter y otro; lo probable es que los conceptos de normalidad y anomalía útiles para el carácter estén aquí fuera de uso. Términos, por ejemplos, como nobleza y ordinarios de espíritu, de un sentido muy definido frente a la figura del espíritu, no son ya inteligibles desde un punto de vista médico psi-

708324

Bohemia, 30. X. 1944 p.c

Miguel Angel, el alma y el cuerpo [artículo] Fernando Durán V.

Libros y documentos

AUTORÍA

Durán V., Fernando, 1908-1982

FECHA DE PUBLICACIÓN

1977

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Miguel Angel, el alma y el cuerpo [artículo] Fernando Durán V.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile